

078. San Juan de Dios

Vayamos a cualquiera de nuestras grandes ciudades donde hay varios hospitales, y nos encontraremos, casi indefectiblemente, con uno que se llama el *Hospital de San Juan de Dios*. Este Santo portugués, que revolucionó la asistencia a los enfermos, resulta una figura interesante por demás. Es santo solamente durante doce años, los últimos de su vida. Porque antes ha sido un trotamundos de cuidado...

A los ocho años se escapa de su casa y se va a España, donde un señor noble lo toma a su cuidado, le encarga cuidar del rebaño de ovejas y hasta le propone el casarse con su hija. Pero Juan se escapa y se enrola en el ejército. Soldado, le roban lo que le habían confiado, y es condenado a morir en la horca. Ya estaba en el patíbulo con la soga al cuello, pero llegan a tiempo para perdonarle la vida. Regresa a su padrino, le propone de nuevo el matrimonio con su hija, y Juan se escapa otra vez al ejército, ahora para ir a luchar en Hungría contra los turcos mahometanos.

Vuelve a España, y en Sevilla se hace vendedor de libros. En este su oficio de vendedor le ocurre un caso misterioso. Recorría los caminos de Andalucía con su carga, cuando ve un niño descalzo y casi desnudo. -Niño, ¿cómo es que vas descalzo y así vestido? ¿Hacia dónde vas? ¿Que te has perdido? -No, no me he perdido. ¿Por qué no me calzas y me vistes tú? El vendedor se quita sus sandalias y quiere darle su propio vestido, pero como todo le venía tan ancho al pequeño, decide cargarlo sobre sus hombros. El niño, contento, le iba enjugando el sudor de la frente a su bienhechor. Llegan a una fuente, y Juan, muerto de fatiga, quiere beber. Deja al niño junto a un árbol, y después de apagar su sed vuelve a recoger al pequeño, que le muestra una granada entreabierta de la que sale una cruz. Y se la alarga, mientras le dice: *Granada será tu cruz*. El Niño se cubre de resplandores, y desaparece sin que Juan lo vea más... ¿Qué va a ocurrir? Pronto lo sabrá.

Tiene ya cuarenta y dos años y va a pasar algo singular. Escucha un sermón a San Juan de Avila, se conmueve, rompe a llorar, y exclama como un loco: ¡*Misericordia, Señor!*... Lo hace de tal modo, que empieza a darse cabezadas contra el suelo y a arrancarse las barbas y las cejas a tirones, hasta quedar hecho una calamidad. Los chicos le tiran piedras por las calles, y la gente se alarma: ¡*El loco! ¡El loco!*...

Hasta lo encerran en el manicomio, donde ha de soportar unas palizas tremendas, pues tratan de curarlo a base de latigazos sin cuento. Juan sigue gritando: ¡*Pegadme fuerte, que soy el mayor pecador del mundo!*... Los cuidadores del hospital siquiátrico se convencen de que se trata de un caso rematado, y no adivinan que aquel disimular es sólo una locura divina.

Sale por las calles de la ciudad y empieza a cuidar de los enfermos que le salen al paso. Se para un día ante una casa que tiene este letrero: *Se alquila para los pobres*. Juan no tiene un centavo, pero se arriesga, la alquila, compra cuarenta camas y aquella casa se convierte en el primer hospital que funda este loco por Cristo. Juan lanza una profecía: *Vendrán después hermanos nuestros que levantarán muchos y magníficos hospitales; pero yo tengo que atender a lo necesario, para que los pobres enfermos no se mueran de hambre*. No se equivoca: sus discípulos, compañeros que se convierten en una institución religiosa —la Orden Hospitalaria— fundarán más de seiscientos hospitales en todo el mundo.

A partir de ahora, la vida de Juan, loco rematado por amor a Cristo, estará llena de ejemplos heroicos y de milagros bellísimos. Como aquel primero, cuando se le aparece de camino la Virgen María con el Niño Jesús en los brazos, y le dice, mientras le alargaba unos pañales: *Juan, vísteme a Jesús, para que aprendas a vestir a los pobres*. Juan lo va a hacer tan magníficamente bien, que cada vez que encuentra a un pobre medio desnudo o con harapos, se quita su propio vestido, lo entrega al pordiosero y se queda él con las ropas destrozadas. Hasta que un Obispo, para que Juan deje de dar su vestido a los pobres, le entrega un hábito negro de religioso, aunque es un simple seglar, y que Juan ya no puede quitarse, pues tiene la prohibición absoluta de entregarlo a nadie.

El hospital se llena de los pobres más miserables y también con gente de mal vivir, ladrones y prostitutas. Le acusan al Prelado, y Juan responde: *Señor Arzobispo, Cristo vino a salvar a los pecadores y debemos seguir su ejemplo. En el hospital no hay nadie más malo que yo, indigno de comerme el pan que es de los pobres. Yo soy el mayor pecador de todos. ¿Qué iba a contestar el Arzobispo?... A todos los enfermos les decía al llegar: Cúrese primero el alma, porque teniéndola sana, Dios se cuidará de sanarle también el cuerpo*.

Un día se declaró un incendio en el hospital. Todo lo iba devorando el fuego. Juan, con una valentía indecible, se lanza entre las llamas, salva camas y colchones porque los necesitan los enfermos, y a los pacientes los agarra de dos en dos y pasa decidido entre las llamas y el humo. Se salva todo, y toda Granada se da cuenta de que aquello ha sido un milagro, pues era imposible hacerlo con medios meramente humanos.

Otro día recoge Juan en la calle a un pordiosero cubierto de llagas, lo carga sobre sus hombros y lo cura en el hospital. El enfermo se transfigura de repente en Jesucristo, que le dice: *Juan, cuando socorres a los enfermos y a los pobres, me lo haces todo a mí mismo*. Desaparece el Señor y deja todo de tal manera inundado de resplandor, que los enfermos se lanzan fuera para salvarse de aquel fuego, hasta que los tranquiliza Juan: *¡No, no es nada! Este fuego es el amor divino, que les regala a todos el mismo Jesucristo*.

A los doce años de aquella ruidosa conversión, moría Juan de Dios. Toda Granada lloró al Santo. Al fin se convencieron de que Juan no era un loco, sino un enamorado perdido de Jesucristo.